

Pequeña antología de Llanos Monteagudo Ródenas

Renacer

Me descubro brotando del olvido,
de la nada más pura,
allí donde la luz
parece un corazón que apenas late,
pero es simiente
que emerge iluminada de sí misma.

El fruto asciende
y se quiebra mi cuerpo como tierra,
sin resistirse,
derramándose fértil en sus tiernas raíces.

Crecer es el destino inevitable,
ser manantial que bebe de sí mismo,
surtidor que se vierte en lo profundo,
o río que en la fuente desemboca
cuando por fin regresa.

Inevitable
ser árbol que se eleva cuando arraiga.

(De *Hacia el silencio*, Uno Editorial, 2018)

La salida del sol

A María

He llegado a la orilla
y me siento en la arena inmaculada
que aún conserva el fresco de la noche.
En ese instante
el silencio se muestra sin fronteras
porque las cadenciosas resonancias
que él mismo pulsa
son parte del vacío del que bebe.

Contemplo el horizonte,
miro allí donde el cielo se ilumina,
donde el gris se diluye en carmesí,
y respiro al compás del oleaje,
al compás de la brisa,
para ser también parte del silencio.

Percibo el movimiento de la tierra
y a ella me arraigo
para encontrar el eje con el cielo.

Frente a mí se desvela
el sencillo milagro de este día:
un sol nuevo naciendo inalterable,
asido al mar,

que con su sigiloso movimiento
se entrega a su caricia.

Al mirarlo de frente
atraviesa una lágrima mi cara.
Cierro los ojos,
lo siento en mí,
mi cuerpo se disgrega en el amor,
en el vacío
que todo lo sostiene,
y por un breve instante
robado al infinito,
en mí también despunta un nuevo sol.

(De *Hacia el silencio*, Uno Editorial, 2018)

Vida elemental

Soy misterio hecho de tierra
y por eso me vivo en mis pies
quietos o caminantes,
en mis ojos abiertos
o cerrados al gozo,
en mi piel que se eriza,
en mi piel que se ensancha

buscando otro tacto.

Soy misterio hecho de tierra
y también de fuego,
y por eso me vivo en mi vientre
en cada impulso que el sol inflama,
en las llamas incombustibles
que prenden y animan el deseo,
ardiente o cálido,
en el que arraiga y crece la vida.

Soy misterio hecho de tierra y de fuego
y también de agua,
y por eso me vivo en cada pulso
que mana y se vierte,
que se desborda y se encauza,
que calma la sed
y se inunda de amor al encontrar
el mar en el que desemboca.

Soy misterio hecho de tierra y de fuego y de agua
y también de aire,
y por eso me vivo en mi mente
que se vacía al expandirse
que se eleva buscando el viento,
que se escapa y se inspira

en el diamantino espacio
donde, de la Verdad,
florecen todas las verdades.

(De *En el origen*, Celya Editorial, 2021)

Sagrado corazón

A mi padre

Sí, estás aquí pulsando
en cada partícula de luz
que teje el tapiz de este atardecer,
en el último trino
del último pájaro
en su último vuelo,
en las voces distantes
de niños que juegan y ríen
apurando sin tiempo los segundos
antes de regresar a casa,
en el vaivén del árbol sereno
frente al otoño que tardío se le acerca.

Estás aquí,
en el silencio de mis ojos cerrados,
en la pausa

antes de inspirar,

después de espirar.

Aquí,

en mi alma desasida

cuando mi corazón se quiebra rendido

y se abre al sagrado palpitar de tu sangre

que disgrega, en mil centellas,

mi cuerpo licuado y olvidado de su piel,

de sus fronteras,

para ser también sangre en ti.

Sí, aquí estás: en la vida,

tan afuera, tan adentro,

tan cerca.

(De *En el origen*, Celya Editorial, 2021)

Reino de los cielos

A mi madre

Cuando las nubes ensombrecen y enfrían
la tierra hasta el crujido,
mis ojos abren un hueco hacia los cielos,
una grieta hasta el sol para alumbrar
la estela sin tiempo de los primeros recuerdos:

mi cuerpo -tan pequeño- de niña en el regazo
caliente de mi madre,
mis dedos pellizcando su vestido
suave de luto
y mis oídos adormilados
en los susurros de algodón
acompañados entre sus pechos.

Ahora sé, después de vivir mil vértigos
que es a su regazo donde siempre se regresa.

Siempre se regresa siendo niña
que mira por primera vez,
que acaricia,
que escucha y sueña por primera vez.

Lo sé porque en su arrullo cantan,
con voz de semilla,

también las estrellas
que, cuando mueren
fulguran igual que cuando nacen,
con el mismo candor esencial,
con el candor de la primera vez,
el candor de unos ojos inmensos de niña
que no parpadean, que se dilatan de amor
para deslumbrarse con todo
y regresar siempre al reino de los cielos abiertos
en el regazo caliente de la madre.

(Publicado en la revista “Poetas de barro” N° 2, 2023